

Los artistas de la Mancha

Carlos Vázquez guarda para este rincón provinciano que fué su cuna, sus más caros afectos. Alejado siempre, por su arte, de vez en vez viene á honrarnos con su visita y mostrarnos el dominio tan completo del pincel que le dió nombre y gloria.

Confieso que no tengo conocimientos técnicos de pintura para poder hablar libremente sobre tal asunto ni tampoco abrigo la pretensión de criticar y analizar la obra de tan insigne artista que ya fué juzgada por los técnicos y por la opinión.

Para mí el arte de Carlos Vázquez es admirable, incommensurablemente bello y solo puedo hablar de él á título de admirador. Conozco muchos de sus cuadros y la mayor parte de ellos tienen un sello inconfundible peculiar que no he visto copiado con tanta fidelidad en los de otros pintores. Es la expresión que pone en los rostros de las mujeres. Tiene además Vázquez un dominio muy suyo en los colores fuertes que emplea, sin que os dañe la vista el cambio tan brusco de tonalidades.

Pero sobre todo ello, resalta la anterior afirmación. Los rostros de mujer divinamente bellos, sin que esta belleza sea siempre igual, impregnada de dulzura y divinidad como en las vírgenes de Murillo, ni siempre perversa, como en la mayoría de las mujeres de pintores modernos.

Las mujeres que pinta Carlos Vázquez son siempre fiel trasunto de un sentimiento. Sencillo e ingenuo a veces como en su cuadro «Regalo de boda», alegre y amoroso como en «La cuna», tristemente doloroso como en «El torero herido», malicioso y pícaro en otros y candoroso y bonachón en esas «charras» que tan sabiamente traslada al lienzo.

He saludado á Carlos Vázquez uno de estos días de fiestas y le he rogado que me dedicara unos minutos de charla breve para trasladar nuestra conversación á las columnas de la revista, para la que él tiene un sincero cariño.

Vázquez, siempre que viene á Ciudad-Real, no abandona su trabajo, antes al contrario, labora incansable en la plácida quietud de nuestro ambiente, dedicando muchas veces algún lienzo a la tierra de sus amóres. Ahora también trabaja, tiene ya tres cuadros y terminando está el cuarto, que me ha invitado á ver, en la misma casa que transitoriamente eligió de estudio. En la antigua casona, propiedad hoy del marqués de Valeriola y donde dicen que vió la primera luz Pérez del Pulgar, el de las Hazañas.

Hemos sorprendido a Carlos Vázquez descansando en casa de su hermano y un momento después, él mismo, con su sencilla amabilidad, nos acompaña á la casona donde trabaja.

Al entrar hemos mirado el artesonado del vestíbulo descuidado y sucio, pero que tiene tallas de indudable mérito. Luego un patio lleno de luz y de alegría, pero sobrio y majestuoso con sus columnatas de piedra y su recia construcción.

En una de sus amplias galerías se vé un caballete y un lienzo.

—Aquí pinto ahora—nos dice volviendo el lienzo para que podamos admirar la lindeza de una maja que está terminando.

Miramos unos momentos el cuadro. Una mujer ru-

bia con un rostro que no nos es desconocido, aparece tocada con una negra mantilla, sobre un fondo que es aquel mismo patio tan adornado de vergeles. Contrastan con hermosura sin igual la belleza de la cara sonrosada y los negros arabescos de la mantilla con el fondo verdoso de las plantas.

Mientras Vázquez habla con nosotros prepara sus útiles de trabajo y comienza a retocar los tonos del cuadro. Podemos admirar la seguridad de su pulso que no vacila al emplear el pincel ora limando asperezas en el contorno de las cosas, ora definiendo con más exactitud el colorido. Los ojos de la mujer parecen dominarnos y su rostro cuanto más lo miramos adquiere más vida más expresión; parece revivir la figura que nos encanta con la gracia singular de la mantilla que adorna su cabeza, y nos subyuga con la expresiva mirada de sus ojos bonitos, acariciadores, amantes, y con el rojo cereza de sus labios que parecen ofrendar un beso lleno de pasión.

Nos dice el artista que una muchachita muy linda le ha servido de modelo para este cuadro y, nosotros pensamos en descifrar quien pueda ser sin darnos cuenta de que quizás la veamos cruzar junto a nosotros en el paseo, que acaso la hayamos admirado con aquella misma blondita en una tarde de toros y hasta hayamos alabado su gentileza y su donaire sin imaginar que su hermosura puede ser realizada por las manos sabias de un pintor insigne.

— Cuando Carlos Vázquez cursaba el Bachillerato sus profesores le aconsejaron que se dedicase a pintor; hablaron también a su padre que no veía con mucha tranquilidad su afición a la pintura surgida por los dibujos que hacía su madre. Venciéronse al fin todos los obstáculos y a los 15 años ingresaba Carlos Vázquez en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Dos años más tarde ganaba un premio en la Corte, una tercera medalla con el cuadro «Recuerdo de amor» que regaló á su madre y que hoy conserva su hermano D. Fernando.

Fué pensionado a los 19 años a París; desde entonces comenzó una verdadera vida de estudios, de trabajos y de triunfos.

Indudablemente Carlos Vázquez es uno de nuestros pintores que más han producido y aun hoy joven todavía seguirá produciendo. Ha concursado a muchas exposiciones nacionales e internacionales siendo premiado varias veces y donde más cuadros expone es en el Salón de París. Ahora prepara dos exposiciones particulares importantísimas, la primera del 1 al 15 del próximo Enero en Barcelona que será casi toda de retratos entre ellos uno ecuestre de S. M. el Rey y la otra en Mayo en Nueva York donde quiere presentar más de 90 cuadros.

Preguntamos cual fué su cuadro de más éxito y nos dice que «El torero herido» acaso sea el asunto y el nombre lo que hayan influido en este éxito. Nos aventuramos a afirmar que efectivamente en la cara de aquella mujer hay una infinita expresión de amor y de dolor...

—Así es—contesta—supe retratarla con bastante acierto... la modelo aquella fué una muchachita cuyo vivir estaba lleno de penas y amarguras que se reflejaban en su cara hermosa y nadie mejor que ella podía darme tal sensación para mi cuadro... Ahora pienso reproducirlo teniendo por modelo a Raquel Meller.

Sin embargo, no es este el cuadro que más me agrada. —¿Entonces, cual es el mejor para usted?